

Extraño Viaje



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 64764. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Extraño Viaje

Fernando Olavarría Gabler

Capítulo I LA VIEJITA FRANCISCA

La familia de Federico estaba pasando sus vacaciones en Quilpué. La mamá le había mandado a hacer varios vestidos a la costurera del pueblo y esa mañana decidió ir con Federico para que la viejita Francisca le confeccionara al niño unos pantalones.

Llegaron a la calle donde vivía la anciana costurera y se detuvieron frente a una casa de tres pisos; ésta estaba estucada con cemento sin pintar y su techo de cinc completaba el color uniformemente gris del conjunto.

Federico, tomado de la mano de su madre, subió una larga escalera de crujientes escalones que los llevó al oscuro tercer piso. Allí se encontraron con un polvoriento pasillo en cuyo costado una puerta abierta daba paso a una pequeña habitación. En un rincón y rodeada de



vestidos, estaba sentada frente a la máquina de coser la viejita Francisca. Al niño le pareció tan gris como la casa donde habitaba y sus ojos de mirada brillante y su cara llena de arrugas le daban el aspecto de una burlona lauchita.

Mientras la mamá se probaba los vestidos, Federico observaba el interior de la habitación. Le llamó la atención un maniquí claveteado con alfileres y varias perchas con blusas y faldas. En un rincón, colgando de un alambre, había algunos trajes de niño que, a juzgar por el aspecto polvoriento y desteñido que tenían, deberían estar allí durante muchos años. Sin embargo -cosa curiosa- Federico los encontró interesantes y mientras más los observaba más le atraían, hasta que sencillamente le manifestó a su mamá que en vez de los pantalones prefería uno de esos ternos. La mamá protestó por tan absurda petición pero tanto insistió el niño que por fin fueron consentidos sus deseos; por lo demás, el precio del traje era



sumamente bajo y podría usarse sin cuidado durante las vacaciones.

La viejita Francisca hizo un gran paquete con toda la ropa y madre e hijo regresaron a casa.

Cuando llegaron, el niño abrió el paquete, sacó su terno y se lo puso inmediatamente sin hacer caso a las risitas burlonas de la familia. Jugó durante todo el día y después de comida dio las buenas noches y se fue a acostar.

Dejó su terno en la silla frente a su cama y apagó la luz del velador. La noche estaba clara y despejada y los rayos de la luna llena penetraban por la ventana e iluminaban la habitación.

Federico no tenía sueño y se entretenía observando la ventana que brillaba con la luz de la Luna. De improviso tuvo deseos de levantarse y saltando de la cama empezó a vestirse. Estaba amarrándose los cordones de los zapatos cuando oyó un sonido prolongado como el silbido del viento y entonces el niño se encontró

en el aire flotando como un globo y chocando repetidas veces contra el cielo de la habitación. Fue tal el miedo que sintió, que no pudo gritar y sólo tuvo valor para estirar las manos y sujetarse de las cortinillas de la ventana. Principió a descender, pero súbitamente una corriente de aire lo impulsó fuera de la habitación y nuestro héroe se elevó suavemente.

Pronto la casa quedó allá abajo -pequeñita- hasta que se confundió con las demás casas del pueblo.

El niño ya no tenía miedo y ahora le invadía una agradable sensación de felicidad. A lo lejos vio las luces del pueblo y más allá se divisaba el mar. Sabía que nada podía sucederle porque se daba cuenta de que flotaba en los aires gracias al desteñido terno de la viejita Francisca y era muy difícil que éste se desprendiera de su cuerpo.

Así, como una silenciosa ave nocturna, pasó a gran altura sobre Viña del Mar y después cruzó la bahía de Valparaíso. Abajo, los barcos inmóviles dormían sobre el plateado resplandor de las

aguas. El niño divisó un velero que iba entrando en la bahía pero luego lo perdió de vista porque una fuerte corriente de aire tibio lo hizo elevarse a una gran velocidad hacia unas altísimas nubes. Continuó viajando y pronto perdió de vista la superficie de la Tierra porque ésta estaba ahora cubierta por una densa capa de nubes.

Pasaron las horas y empezó a aclarar. La Luna, ahora blanca, se escondía en el horizonte y Federico sentía intenso frío. Entonces le pareció ver a través de las nubes a dos cuerpos que llevaban su misma dirección. Éstos se hicieron más visibles y Federico pudo constatar con gran sorpresa que los que viajaban por los aires en iguales condiciones que él, eran dos niños. Todos se asombraron mucho al encontrarse por allá arriba y manifestaron su alegría gritando y haciendo señas con las manos.

Hubo un instante en que las corrientes de aire los hizo acercarse y esta circunstancia la aprovecharon los tres niños para

tomarse de la mano y poder así viajar juntos. Fue entonces cuando Federico constató que sus dos compañeros llevaban trajes iguales a los que había visto colgados en el taller de la vieja costurera.

Pronto se hicieron amigos y así supo Federico que sus compañeros en este extraño viaje se llamaban Arturo y Mauricio y ambos le contaron lo que les había sucedido.

Capítulo II

ARTURO, EL DE LOS TÍTERES

Arturo era hijo de un titiritero. Su padre, después de haber hecho unas buenas ganancias trabajando en las plazas de Viña del Mar, había ido donde la vieja Francisca y le había comprado uno de los ternos.

Arturo tenía vocación por su trabajo; además de ayudar a su padre en la instalación del pequeño teatro y vender entradas en la boletería, también movía con sus manos algunos personajes principales y aún más, últimamente había fabricado dos graciosos muñecos.

El día en que su papá le compró el traje, el niño había colocado a sus muñecos asomados en el escenario del teatro y después se había

sentado a cierta distancia para contemplarlos en silencio durante largas horas. Amaba profundamente a sus muñecos, porque él los había creado con sus propias manos y además, no tenía otros juguetes con qué divertirse. Estaba en estas cavilaciones cuando se quedó dormido y soñó que volaba por los aires y llegaba al país de los juguetes. Éste se hallaba sobre una inmensa nube rosada y por todas partes se veían miles de juguetes que le daban la bienvenida. Cuando despertó, constató con gran pánico que estaba volando muy arriba en el cielo.

Capítulo III

MAURICIO, EL HIJO DEL PAJARERO

Mauricio era hijo de un pajarero. Su hogar era un modesto ranchito que estaba situado en los alrededores de Quilpué.

El niño vivía rodeado de numerosas jaulas. Todas las mañanas salía con su padre a instalar trampas para cazar vivos a los pájaros silvestres.

Mauricio amaba a las avecitas, mas sentía una gran tristeza por ellas porque se daba cuenta de que sufrían cuando perdían la libertad. Si él pudiese abrir las pequeñas puertas de las jaulas para dejar libre a todos los pajaritos encarcelados, qué feliz sería, pero ese deseo era imposible de realizar.

Un día cayó en una de las trampas un hermoso tordo; ese día era el cumpleaños de Mauricio y el niño se lo pidió a su papá como

regalo. El pajarito se acostumbró tanto a su nuevo amo que después de cierto tiempo se paseaba fuera de la jaula y seguía a Mauricio como si fuera un perro fiel. El niño dormía con él debajo de un parrón. Una noche despertó sobresaltado; el tordo le estaba picoteando una oreja; Mauricio, somnoliento, empezó a protestar balbuceando algunas palabras pero ¡cuál no sería su asombro cuando oyó que el tordo lo llamaba por su nombre!

-Mauricio, amito mío, despiértate, le susurró. Esta noche me voy; iré al bosque de los árboles metálicos, allí vivimos felices muchos de nosotros porque el hombre no puede llegar a esa región.

Diciendo esto, el tordo echó a volar y antes de perderse en la oscuridad le gritó: ¡Ven Mauricio a vivir con los nuestros!, debes conseguirte un traje donde la vieja Francisca. ¡No lo olvides! ¡Francisca! ¡La última hada que vive en el pueblo!

Mauricio, de pie y con la cabeza en alto miraba hacia las



estrellas, pero su único amigo se había perdido en la noche. Sus negros ojos se llenaron de lágrimas; entonces cubriéndose el rostro con las manos se tendió sollozando en su miserable lecho. Su hermoso juguete se había ido y ya nunca más lo iba a encontrar. Con qué cariño lo había alimentado y cuidado. Recordaba cuando su amiguito se bañaba en una paila de greda que le había comprado en el pueblo y sus alas negras y azuladas refulgían al Sol.

Con estos tristes pensamientos el niño se quedó dormido hasta que empezó a amanecer. Recordaba que había despertado con el trino de los avecitas de las jaulas y una loica de pechuga roja le había gritado: ¡Suéltanos Mauricio! ¡Danos la libertad y nosotras te llevaremos donde el hada Francisca!

El niño, sin poder contenerse más, empezó a abrir las puertas de las jaulas y los pajaritos en vez de huir velozmente, se pusieron a revolotear en torno a él.

Una vez liberada la última de las avecitas, éstas se alejaron lentamente y el niño las siguió corriendo. Llegaron así al pueblo y los pajarillos se dirigieron a la casa gris donde vivía la costurera, se acercaron a la ventana del taller y se pusieron a picotear los vidrios. La puerta estaba abierta y Mauricio corrió velozmente hacia arriba por la larga escalera. Entró a la habitación y allí estaba la viejita Francisca sonriendo bondadosamente.

-Sé a lo que vienes -le dijo, y levantándose avanzó hacia el rincón donde estaban colgados los ternos. Descolgó uno y se lo dio a Mauricio. "Toma, pruébatelo para ver si te queda bien". El niño obedeció y en algunos instantes ya estaba vestido con su traje nuevo.

Los pajaritos habían cesado de picotear la ventana y ahora se habían posado en el alféizar y lanzaban alegres trinos y gorjeos. La anciana costurera abrió la ventana y dando unos palmetazos en el aire dijo:

¡Vete niño! ¡A viajar!

Mauricio sintió que un gran remolino de viento se formaba en la habitación y desordenaba las telas y vestidos. De improviso se elevó y salió disparado a través de la ventana. Los pajaritos revoloteaban a su alrededor y todos volaron por encima de los techos de las casas. El niño alcanzó a ver a la anciana asomada a la ventana que se despedía de él con un pañuelo y lentamente esa imagen se fue borrando hasta desaparecer. Luego, sus amigos los pajaritos se despidieron de él también y cada uno tomó un rumbo diferente para reunirse con sus familiares.

Así Mauricio comenzó a viajar por los aires igual que sus amigos y después de varias horas se encontró con Arturo y Federico.

Había pasado el tiempo y los tres niños volaban a gran velocidad. El Sol se escondía tras un horizonte de espesas nubes y el cielo se teñía de múltiples colores.

Los niños se dieron cuenta de que se acercaban a una nube solitaria y cuando pasaron frente a ella, divisaron una gran fortaleza con cientos de torres y miles de ventanas. Desde las ventanas se asomaban muñecas, soldados de plomo y otros juguetes, tan numerosos y variados que es imposible describirlos a todos. Algunos saludaban con las manos.

¡Ese es!, gritó Arturo, ¡Es el país de los juguetes! ¡Es exacto a lo que he visto en mi sueño! ¡Allá están mis muñecos! Me iré a vivir un tiempo con ellos y después volveré a casa.

Diciendo esto, Arturo se despidió de sus compañeros y se dirigió a las puertas del castillo. No demoró mucho en llegar a él y fue recibido con gran alegría por todos los juguetes. Federico y Mauricio lo perdieron de vista entre la muchedumbre de muñecos que relucían muy hermosos. En esos instantes, los rayos del atardecer iluminaban las paredes del castillo y las nubes se tiñeron de una hermosa tonalidad



dorada.

Los niños se alejaron del país de los juguetes y continuaron su viaje. El Sol se escondió definitivamente y detrás de la cordillera salió la Luna anaranjada. Se elevó lentamente en el espacio y ya bien arriba, su luz blanca iluminó la noche.

Federico y Mauricio habían perdido altura y ahora navegaban sobre un extenso bosque de pinos vecino a un gran lago. La luz de la Luna se reflejaba en el paisaje y los árboles resplandecían como si fueran de acero. Federico estaba pensando que ese podría ser el bosque de los árboles metálicos que había mencionado el tordo, cuando se oyó un estridente chillido, ¡Es él!, exclamó Mauricio ¡Es mi tordo! Y así era en verdad, pues de entre los árboles salió volando su amiguito acompañado de una numerosa bandada de su misma especie.

¡Bienvenido Mauricio! gritaron: Ven a vivir con nosotros.

Seremos libres para siempre en este hermoso lugar. Mauricio sentía una gran felicidad y despidiéndose de Federico, soltó su mano y bajó velozmente hacia los árboles seguido de la bandada de tordos que continuaban chillando alegremente.

¡Adiós Mauricio! ¡Qué seas muy feliz!, gritó Federico, pero Mauricio no lo oyó debido al chillido estridente de las aves y solamente se despidió con un ademán de manos.

Federico sobrevoló el lago a muy baja altura y luego se encontró en los aires rumbo a la cordillera. A lo lejos se divisaba el monte Aconcagua que sobresalía imponente sobre el paisaje, pero al cabo de unas horas el cielo se cubrió de espesas nubes y empezó a soplar un viento huracanado. Federico tiritaba de frío y para mayor sufrimiento, los truenos y relámpagos se sucedían en forma aterradora. De súbito vino la lluvia que empapó al niño y después fue empujado en todas direcciones como una hoja seca. Federico estaba

aterrado y casi muerto de frío en medio de una horrorosa tempestad. Cada cierto tiempo la luz de los relámpagos iluminaba a su alrededor y entonces se daba cuenta de que a veces estaba volando cabeza abajo. Sin poder soportar más esta situación el niño pidió ayuda. ¡Mamá!, gritó, ¡Mamáaaa...!, pero la furia del viento y los truenos ahogaron sus gritos.

Enloquecido por el terror, cerró los ojos y en esos instantes perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, el cielo nuevamente estaba estrellado y ahora una suave y tibia brisa lo impulsaba y lo hacía descender suavemente en grandes círculos. Federico observó que el paisaje de allá abajo le era familiar; no tardó mucho tiempo en darse cuenta de que estaba descendiendo sobre Quilpué. Las luces se agrandaban y las casas y calles del pueblo se hacían cada vez más nítidas; hasta que finalmente, ¡cataplum! Cayó sobre un arbusto espinudo que había en

un sitio eriazo vecino a su casa. El niño, a pesar de no haber sufrido daño por la caída, podía moverse muy difícilmente debido a las espinas que lo tenían cogido. Lentamente y con muchas precauciones empezó a descender por las ramas más gruesas, pero con este descenso el traje comenzó a sufrir grandes desgarros y tan numerosos que, cuando llegó al suelo, el niño estaba casi desnudo. Nuestro héroe echó a correr y en pocos instantes abrió la puerta de rejas de su casa y se introdujo por la ventana de su dormitorio. Se desnudó lentamente y se acostó.

Todo estaba en calma; sólo se oían los ronquidos del abuelo.

De vez en cuando el silencio nocturno era interrumpido por un lejano ladrido de perro. Un aerolito cruzó el firmamento... Federico pensó en sus dos amigos. ¿Qué sería de ellos? Lentamente sus ojos se cerraron y la luz de las estrellas iluminó su rostro dormido.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina